

Dos miradas al interior de la historia:
Gabriela Mier Martínez
y Rodrigo Hasbún

Nora de la Cruz

Malecón de La Habana, Cuba, noviembre de 1991. (Fotografía: Alexis DUCLOS / Gamma-Rapho por Getty Images)



LOS LÍMITES ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN SON, en la posmodernidad, cada vez más lábiles, sobre todo en la medida en la que la verdad parece casi siempre inalcanzable. En tiempos de pocas certidumbres, se termina por volver a lo inmediato, a veces con la esperanza de explicar lo amplio, el mundo, el devenir de la historia. Recientemente, dos novelas se han aproximado a los acontecimientos recientes y los han relatado mediante el filtro de lo personal, con distintos alcances y resultados.

Los siniestros festines del hambre:

***Un lugar sin alegría*, de Gabriela Mier Martínez**

La portada es una fotografía en blanco y negro de una *iyawó*, es decir, una novicia de la Regla de Osha, o religión yoruba, uno de los cultos afrocubanos más persistentes y cuya difusión a nivel mundial es cada vez mayor. El título, evidentemente, aludía a Cuba, isla a la que se suele asociar con la música, la fiesta y la ligereza, en más de un sentido. La imagen y el título iban en contra de la representación estereotípica de la patria de Martí. La autora era una nueva voz, Gabriela Mier Martínez, publicada por Ficticia, una editorial independiente que hasta ahora se ha distinguido por tener muy claro el tipo de obras que quiere en su catálogo: originales, frescas, propositivas. La portada indicaba también que esta obra había recibido el Premio Nacional de Novela Breve “Amado Nervo”. En principio, el planteamiento presenta a una narradora protagonista que, a raíz de un desengaño amoroso, decide viajar a Cuba y permanecer ahí indefinidamente. Su estancia coincide con lo que se conoce como el “Periodo especial”, los años que siguieron a la caída de la URSS y que significaron una crisis económica extrema para la isla. En esta propuesta hay cierta originalidad, no porque el tema no se haya abordado en otras ocasiones, sino porque es una mexicana quien se inserta en el contexto y lo vive, aunque con una visión que no deja de ser extranjera.

Una de las cosas destacables de la novela es que se aleja de algunos estereotipos sobre la pobreza en Cuba y la forma en la que los cubanos, por necesidad, embaucan a los extranjeros. Aunque existen anécdotas en la novela en las que resulta claro que es esto lo que sucede, están desprovistas de juicio moral: se presentan las condiciones que conducen a situaciones como esa y que nos permiten comprenderla, al menos desde esa perspectiva interna. Esto sucede a lo largo de la novela y es, tal vez, su mayor acierto: los personajes son vistos con empatía y solidaridad, aunque su desesperación sí es clara en la representación de los incidentes, que se eligen con mucho

acierto. Dos son particularmente memorables, ambos relacionados con banquetes de celebración: una boda y una cena de año nuevo. La primera permite mostrar la rapacidad con la que los cubanos perseguían la comida, más allá de todo decoro; la segunda, para mostrar con matices trágicos la carencia materializada.

Como se ha dicho, la novela representa a los cubanos con gran objetividad, mostrando su diversidad y el espíritu con el que le hicieron frente al “Periodo especial”. También le da rostro y humanidad a algunos hechos que parecerían haberse contado ya muchas veces: en el éxodo del Mariel, un hijo escuchó a sus vecinos gritarle a su mamá que no la necesitaban, mientras pensaba que él sí. Es decir, la novela cobra fuerza cuando aborda ciertos sucesos históricos, con la sensibilidad de quienes las vivieron como cotidianidad. De esta forma se salva de caer en el melodrama y la auto conmiseración, a la vez que condensa el efecto emotivo que produce en el lector: la cena de año nuevo que ya se ha referido es algo que luego se contó entre risas, algo ridículo que sucedió, pero en ese absurdo radica su tragedia.

Ciertos detalles muestran la vida, como era y sigue siendo en Cuba: las “cajitas” que dan en las fiestas, los muebles viejos. Otros son particulares del periodo, como la extrema delgadez de los habitantes de la isla y los trastornos psiquiátricos, cuya incidencia aumentó en esa época. Aunque la materia del relato es cruda, la autora la representa con sensibilidad y decoro: todo se cuenta con familiaridad, sin exotismos ni melodramas. Sin embargo, la estructura de la novela carece de solidez, de manera que son mucho más interesantes las subtramas —esto es, la vida de los amigos y vecinos habaneros— que lo que le ocurre a la protagonista. Gabriela Mier Martínez es inteligente y sensible como autora, elige bien lo que toma de la realidad y la manera de contarlo, pero el material narrativo que aborda hubiera sido mejor aprovechado en un libro de crónicas o de cuentos. Esta indecisión resulta determinante pues, si bien hay segmentos memorables, la novela

diste de ser contundente. Por otra parte, el descuido en la edición es notorio y lamentable, pues abundan los problemas gramaticales y ortográficos, algunos tan elementales que se vuelven estorbos en la lectura, más aún por su frecuencia.

La familia es memoria y misterio:

***Los afectos*, de Rodrigo Hasbún**

El primer libro de Hasbún que leí fue *Los días más felices*. Para entonces ya era un autor joven y respetado, contado en las listas de jóvenes promesas de su país y del continente (la de la revista *Granta*, por ejemplo). Con decisión, ha ido construyendo una obra consistente en estilo e intereses: los temas que explora se relacionan siempre con la memoria, las relaciones familiares, la identidad y, en mayor o menor medida, los signos de todo lo anterior en el cuerpo. En su tercera novela, *Los afectos*, introduce un elemento de la historia reciente: los avatares de una familia de alemanes exiliados de la posguerra y la incursión de una de sus integrantes en la guerrilla boliviana de los años sesenta.

La novela está dividida en dos partes y, como en otros trabajos del autor, es narrada por las voces de los distintos personajes que se intercalan y muestran aquello que les interesa de su propia vida, y así, también van agregando al relato trozos de la historia familiar. Sin embargo, lo interesante es que lo que añaden no aporta luz sino oscuridad: nadie tiene certezas sino que nos ofrece sus dudas, y en torno a ellas se pueden entrever las relaciones familiares, pero también la realidad, el contexto de la época.

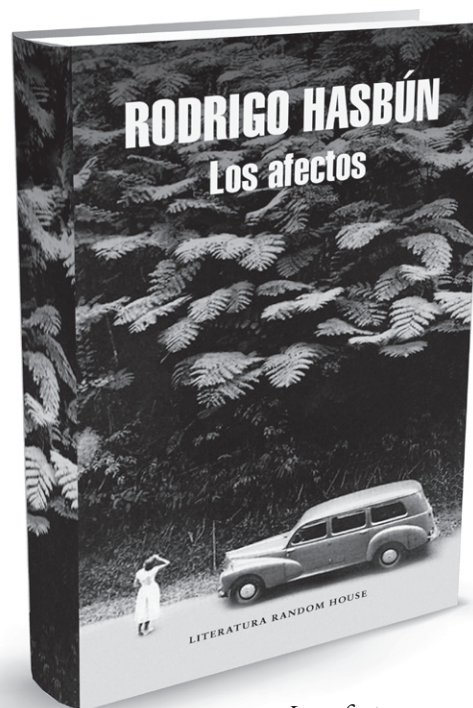
Esta novela no es, por tanto, una narración lineal, ni detallada, pero consigue construir personajes definidos y mostrar sus complejas relaciones, determinadas en gran medida por los secretos que cada uno guarda. Así, cada integrante de la familia tiene su parte de la historia, determinada por su experiencia, pero habrá cosas que nunca llegará a saber o percibir. De esta forma, los vínculos de sangre se cargan de extrañeza, pues ligan a cinco desconocidos. En la primera parte, esta sensación



Un lugar sin alegría

Gabriela Mier Martínez

México, Ficticia, 2015, 144 pp.



Los afectos

Rodrigo Hasbún

Madrid, Random House, 2015, 144 pp.

se nos transmite al observar el principio del proceso de separación del núcleo: la muerte de la madre, los distanciamientos entre hermanas, la nueva vida que el padre comienza. Todo esto sucede en medio de dos polos geográficos, uno abstracto —Europa: lo conocido y añorado— y otro concreto —Bolivia: lo inexplorado y salvaje—. El tono de esta sección es melancólico, pues se concentra en las sutilezas que unen y separan a la familia: las diferencias de carácter entre las tres hermanas, la vida secreta del padre, la enfermedad de la madre y su lealtad ciega. Estos distanciamientos cotidianos son reconocibles y entrañables para cualquiera, y son un emotivo punto de partida para lo que vendrá en la segunda sección, la cual se ubica plenamente en el ambiente de la guerrilla a la que Monika, una de las tres hijas, se ha unido.

El salto temático podría parecer aventurado: de las relaciones de una familia de exiliados al pleno desgarramiento de sus vínculos, pero también de un sector del país. Pero Rodrigo Hasbún sale bien librado por varias razones. La primera es la dicción de la novela, cargada de una emotividad contenida muy acorde para lo que relata. La segunda, la estructura fragmentaria, que evita la tentación de contarlo todo. En las sombras radica la profundidad: la verdad es conspicua en su ausencia. Finalmente, lo histórico y social aparecen solamente en la medida en la que tocan a la familia: así se particulariza y se magnifica, parece más cercano. Y se vuelve a representar una de las preocupaciones del autor: la incapacidad para comprender nada, a los otros, a uno mismo, a la realidad en ninguno de sus tiempos. El desvalimiento de los personajes no proviene de lo sórdido de los acontecimientos —aunque la violencia está latente, claro está—. Su honda desolación es consecuencia de la imposibilidad de aprehender el mundo, de tener plenamente nada. Sin duda, esta novela es parte valiosa del proyecto literario de Hasbún en sentido amplio y es una obra brillante y significativa: una buena nueva para la literatura escrita en español. ▲▲